

El libro vive

Gillian Silverman

Especialista en la historia de la literatura en Estados Unidos y en la historia del libro, Gillian Silverman es profesora asociada en la Universidad de Colorado, co-directora del programa *Feminism & Co: Art, Sex and Politics* en el Museo de Arte Contemporáneo en la ciudad de Denver y autora del libro *Bodies & Books. Reading and the Fantasy Communion in Nineteenth-Century America* (2012). Tomado del suplemento de libros del *Times* de Nueva York, 12 de agosto de 2012. Traducción de Antonio Saborit.

A ESTA HORA YA todos escuchamos los avisos: la humanidad está sitiada. Las tecnologías de la comunicación, transgresoras siempre, reemplazan las conexiones íntimas. Preferimos la compañía de Siri —el asistente personal experimental del iPhone 4S— a la interacción en la vida real, y caminamos con los audífonos metidos en las orejas, con tabletas pegadas a los dedos y (en breve, se dice) con unos chips neuronales implantados en el cerebro. En estos tiempos androideanos, las cosas inanimadas asumen vida propia, dotadas de atributos que alguna vez sirvieron para diferenciar a las personas de las cosas. Palpitan llenas de vitalidad, emiten sonidos al roce de nuestro tacto y se sienten moldeadas para nuestro cuerpo. La naturaleza misma de lo que significa ser humano tal vez esté cambiando delante de nuestros ojos.

Y sin embargo, mucho antes de los implantes neuronales, el iPad y el teléfono móvil, ahí ya estaba el libro. A él también se le describió como una entidad viva, que respiraba, conectada íntimamente con la nuestra. Con su exterior duro y su interior oculto y suave, el libro se parece en muchos sentidos al cuerpo humano, y a la mente. Abrimos un libro, o mejor dicho, se “abre” para nosotros, tal y como el amigo que responde a un acercamiento amistoso. Nuestra tendencia a antropomorfizar los rasgos del libro (nos referimos a su lomo, cabezas y notas al pie, etcétera) enfatiza las conexiones entre nosotros. Cuando “encaramos” el libro, nuestra espalda reclinada sobre la suya,



Los libros son “amigos vivos”, según escribió Bronson Alcott, el padre de Louisa May Alcott, connotado filósofo y educador, y añadió: “Mientras mayor sea la vida que encierre un libro, mayor será su compañía”.

nuestra mente bajo una conciencia prestada, tenemos la vaga idea de que interactuamos con algo que, si bien no exactamente humano, es asombrosamente similar a nosotros mismos.

Tal vez sea por eso que, a pesar de todas sus innovaciones, el Kindle, el Nook y el iPad se apegan a la forma del libro tradicional, desde su tamaño hasta las tapas de la tecnología que emplean para pasar las páginas, replicando esa intimidad familiar. No queremos abandonar nuestra experiencia de la lectura como una “abrirse” a otra mente, como una exploración progresiva, registrada en el paso de las páginas, de pensamientos que se originaron en otra parte.

A fin de cuentas la relación entre el lector humano y el libro “animado” se ha forjado a lo largo de siglos. La Biblia, acaso el primer libro al que se podría caracterizar en estos términos, se pensaba que era la corporeización de Jesucristo, “un retrato vivo y palpitante de Él” en palabras de Erasmo. En tanto que a Cristo se le entendía como la manifestación carnal de las Escrituras —el Verbo hecho cuerpo, según el académico literario James Kearny—, se dotó como por reflejo a la Biblia de propiedades humanas. “Las hojas de este libro son los brazos, manos, piernas y pies” de Cristo, dijo el obispo John Fisher en un sermón a principios del siglo XVI. Las capitulares en tinta roja son las “grandes heridas en su cuerpo, en sus manos y en sus pies y en su costado”.

Este tipo de descripciones se extendieron rápidamente a libros más seculares. Los libros, dijo el médico y poeta metafísico galés Henry Vaughan, están “llenos de sangre [...] cada línea es una vena”. Henry Bradshaw, académico británico del siglo XIX, clasificaba sus libros como “organismos vivos”, en términos de género y especie. Coleridge decía que la biblioteca era “un mundo vivo”, y que cada libro era “una persona, en carne y hueso”; y Emily Dickinson preguntaba si sus versos estaban “vivos” y si “respiraban”.

Una percepción generalizada sostenía que el libro estaba animado en su interior debido al autor. “Hay un hombre que escribe”, dijo el reverendo británico Frederick Denison Maurice en 1856, “y cuando conoces al hombre conoces al libro”. Si bien éste fue un duradero supuesto sobre la lectura, ganó una influencia particular durante la Revolución industrial, cuando circulaban meros libros y el “conocimiento” por medio de la lectura podía suplantar una comunidad que en la vida real se veía disminuida. La metáfora del “libro como amigo”, como lo dice el historiador Ronald Zboray, surgió para enfrentar la soledad de la existencia moderna. Los libros son “amigos vivos”, según escribió Bronson Alcott, el padre de Louisa May Alcott, connotado filósofo y educador, y añadió: “Mientras mayor sea la vida que encierre un libro, mayor será su compañía”.

Alcott y sus contemporáneos consideraban al libro como un contenedor de conciencias, como una manera de acceder a la parte más profunda de otro ser humano, inalcanzable de otro modo. Por esta razón se creía que era una manera especialmente eficaz para comunicarse con los muertos. James Thomson, poeta escocés del siglo XVIII, sostenía que leer era “conversar con los grandes muertos”. Y en el siglo XIX, el influyente predicador estadounidense Edwin Hubbell Chapin describe a los libros como “las corporeizaciones y manifestaciones de las mentes que partieron: los órganos vivientes por medio de los cuales los muertos nos hablan a nosotros”. En un momento en el que el espiritualismo surgía en Estados Unidos, la lectura, se sugería, podía ayudar a la gente a establecer contacto con los muertos a través del “medium” del libro.

En la actualidad contamos con recursos en línea como Legacy Locker y SecureSafe que permiten a los deudos llorar a sus muertos a través de sus restos digitales. Pero el libro fue la primera tecnología que conectó a los vivos y los muertos, una manera de tocar los pensamientos o la experiencia de aquellos que ya no están presentes físicamente.

Se podría decir que todos los medios de comunicación, ya sea una pintura, un filme, una instalación o un libro, nos invitan a sumergirnos en los contornos desconocidos de la mente de otra persona. Y sin embargo el libro en este sentido es único. “De todos los objetos inanimados, de todas las creaciones del hombre, los libros son los más cercanos a nosotros, pues ellos guardan nuestros pensamientos, nuestras ambiciones, nuestros agravios, nuestras ilusiones”, escribió Joseph Conrad en 1905. Conrad repetía a Thoreau, quien unos cincuenta años antes escribió que el libro “es la obra de arte más cercana a la vida misma. Se puede traducir a casi todos los idiomas, y no sólo se le puede leer sino que de hecho todos los labios humanos lo pueden repetir; no representado nada más en un lienzo o en el mármol, sino tallado sobre el mismo aliento de la vida”. Por tanto, parte del encanto del libro está en la manera en la que ingresa a nuestros cuerpos y almas, obligándonos a volvernos a imaginar a nosotros mismos a la luz de su influencia transformadora. “El símbolo del pensamiento de un hombre de la antigüedad se transforma en el habla de un hombre moderno”, como lo dijo Thoreau, al sugerir que al leer incorporamos física y efectivamente a los muertos con los vivos.

Los alarmistas digitales predicen que en breve ya no estaremos leyendo libros; que sencillamente nos los implantarán en el cerebro. Pero los libros han estado por ahí mucho tiempo. Noha Porter, teólogo del siglo XIX, sostenía que los libros que la gente lee “ingresan en la estructura de sus personas” y son “asimilados en la sustancia misma de sus yo vivientes”.



Nada nos agrada más que hurgar los librereros con los títulos que leímos de jóvenes y reconocer que ahí habitan aspectos de nuestra identidad. “Tantos se han aferrado con tanto cariño y afecto a sus bibliotecas”, escribió Porter, “y han aprendido a concebirlas como parte de ellos mismos, como partes visibles y tangibles de su propio ser”.

Tal vez en estos días nuestros iPhones y nuestros reproductores MP3 y hasta nuestros Nooks, más que nuestros libros impresos, sean parte de nosotros mismos, los objetos con vida sin los cuales nos sentimos perdidos y desorientados, y hasta en cierto modo menos vivos. Pero el libro fue el primero en llegar, borrando las fronteras entre lo humano y lo no-humano, entre nuestros cuerpos y el mundo exterior. No es que entremos a un universo feliz nuevo, sino que continuamos una tradición establecida. Claro que se puede decir que la tecnología de nuestros medios de comunicación, comenzando por el libro, ha tendido a encerrarnos en el cubículo, pero asimismo han sido, y siguen siendo, la compañía más apreciada que tenemos.

Las Mesas Redondas de Palenque

Merle Greene Robertson



Merle Greene Robertson (1913-2011) figura entre los académicos que en el siglo XX dieron forma a los modernos estudios sobre los mayas. Ella realizó las primeras calcas en muchos de sus sitios, y al cabo de una vida las cinco mil calcas de su legado están en el Departamento de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Tulane. Tal vez su obra más ambiciosa sea la que dedicó a la escultura de Palenque: cuatro tomos que publicó la Universidad de Princeton entre 1983 y 1991. En el centenario de su nacimiento la recordamos publicando aquí un capítulo de sus memorias *Never in Fear* (The Pre-Columbian Art Research Institute, 2006). Traducción de Antonio Saborit.

EL AÑO DE 1973 fue el punto crucial en los estudios mayas, sobre todo en la epigrafía. En el verano de ese año David Jora-